



**HAL**  
open science

## La memoria, ¿objeto de historia?

Stéphane Michonneau

► **To cite this version:**

Stéphane Michonneau. La memoria, ¿objeto de historia? . Identidades y memoria imaginada, Universitat de Valencia, 2008. hal-01686035

**HAL Id: hal-01686035**

**<https://hal.science/hal-01686035v1>**

Submitted on 11 Feb 2018

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

# IDENTIDADES Y MEMORIA IMAGINADA

Justo Beramendi, María Jesús Baz, eds.

*Manuel Pérez Ledesma, Stéphane Michonneau, Guido Crainz,  
Santos Juliá, Mercedes Vilanova, Teresa Carnero i Arbat, Raffaele  
Romanelli, José Álvarez Junco, Fernando Catroga, Manuel Suárez  
Cortina, Alfonso Botti*

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA  
2008

## LA MEMORIA, ¿OBJETO DE HISTORIA?

*Stéphane Michonneau*  
Universidad de Poitiers

Desde hace 15 años, el tema de la memoria se ha puesto de moda en muchos ámbitos de la vida cultural. La recuperación de la memoria supuestamente perdida se ha impuesto como uno de los grandes lemas de nuestras sociedades modernas. Hasta cierto punto, hemos entrado en el tiempo de la memoria «saturada» acertadamente criticada por Régine Robin en su último ensayo.<sup>1</sup> Ya en su tiempo, Pierre Nora había advertido del riesgo de que el «todo memoria» pudiera gestar una sociedad tan preocupada por los recuerdos que pudiera acabar ahogándose en un historicismo estéril.<sup>2</sup>

El historiador no puede permanecer alejado o indiferente a este movimiento de fondo, a este cambio de sensibilidades de la presencia del pasado en el presente. De hecho, el historiador está involucrado en el cuestionamiento sobre el pasado, como si la sociedad le pidiera que rindiese cuentas de lo ocurrido. La sociedad demanda al historiador que aporte los elementos que permitan resolver los conflictos de memoria. Esa exigencia no puede sino trastornar la profesión de historiador cuando pide que éste se convierta en experto del pasado, y ayudar a la justicia a acumular pruebas ante el supuesto tribunal de la Historia. Según Nietzsche, los «abusos de la memoria»<sup>3</sup> o «la obsesión del pasado» pueden perjudicar a la sociedad.

Francia es sin duda uno de los países donde la ola invasora de la memoria ha contribuido más a la construcción reciente de la identidad nacional. A principios de los años setenta, el hecho ya conocido de la colaboración

<sup>1</sup> Régine Robin: *La mémoire saturée*, Paris Stock, Un ordre d'idées, 2003.

<sup>2</sup> Pierre Nora: «L'ère de la commémoration», *Les Lieux de mémoire*, Paris, Gallimard, Quarto, 1997 (1.ª ed. 1992), pp. 4687-4719.

<sup>3</sup> Tzvetan Todorov: *Les abus de la mémoire*, Paris, Arléa, 1995.

del Estado en la deportación de 76.000 judíos durante la Segunda Guerra Mundial se convirtió en un acontecimiento traumático que implicaba, según los contemporáneos, poner en tela de juicio los fundamentos de un país que se pretendía patria por excelencia de los derechos humanos. Así mismo, la participación de Francia en la guerra colonial de Argelia entre 1954 y 1962 se hizo negando precisamente el carácter bélico de una lucha que incorporó incluso la tortura, lo que debilitó la creencia de un Estado de derecho republicano. Con estos casos importantes de censura de la memoria, de olvido forzoso y luego de descubrimiento traumático de los recuerdos, Francia ilustra hasta qué punto la relación de la memoria con la historia es políticamente estratégica.

No es sorprendente, pues, que las ciencias sociales francesas contribuyeran activamente a una teorización de la relación entre memoria, identidad e historia. Contamos ya con más de veinte años de investigación en el campo histórico de la memoria. Heredero de los conceptos elaborados por el sociólogo Maurice Halbwachs sobre la memoria colectiva en los años veinte y por el historiador Pierre Nora a mediados de los años ochenta, en los últimos años me he interesado en los discursos políticos sobre el pasado en sus formas más estrictamente institucionales de gestión del pasado que son las conmemoraciones. Pero este interés tenía que plantear la posibilidad de su aplicación tal cual al campo que estudiaba, es decir, a la Cataluña de finales del siglo XIX y principios del XX. Apuntaré aquí algunas diferencias con respecto a la obra de Nora. Después de recordar rápidamente las conclusiones generales de mi trabajo a partir del caso concreto de la Barcelona de finales de siglo XIX,<sup>4</sup> subrayaré los límites de tales planteamientos que sólo contemplan la memoria en oposición a la historia, una visión que, paradójicamente, no presta demasiada atención a los recuerdos. Propondré otra manera de comprender las relaciones complejas entre memoria e historiadores, tal como ahora, con más distancia, las entiendo.

## LA MEMORIA, OBJETO DE HISTORIA

¿Es posible hacer una historia de la memoria? ¿En qué condiciones? Estas fueron las preguntas que me planteé al principio.

La noción de memoria tuvo ciertas dificultades para encontrar un lugar adecuado en las ciencias humanas y sociales. Desde Pierre Nora ha sido evidente el empeño de los historiadores en considerar la memoria como un objeto de investigación más. El libro *Les Lieux de mémoire*, publicado

<sup>4</sup> Stéphane Michonneau: *Barcelona, memoria i identitat*, Barcelona, Eumo, 2002.

en 1985, supuso uno de los primeros intentos de objetivación de la memoria por parte de las ciencias sociales partiendo de las conclusiones del sociólogo Maurice Halbwachs, según las cuales toda memoria es social. De ahí surgió la definición –desde entonces casi canónica– de la memoria como «instrumentalización del pasado en el presente», en palabras de Pierre Nora, o sea, el uso del pasado con fines políticos.<sup>5</sup>

Antes de continuar, es necesario examinar a fondo la obra pionera de Halbwachs:<sup>6</sup> ¿De qué manera los agentes sociales se apropian del pasado? ¿De qué manera la identidad presente de los individuos y grupos de interés se nutre de un pasado que realmente ocurrió, se interpretó y se inventó? Según Paul Allières, Halbwachs «hace hincapié en las condiciones sociales de la producción de recuerdos, la influencia de lo social en los recuerdos individuales, el paso de la multiplicidad y heterogeneidad de estos últimos a la unidad de una memoria llamada colectiva».<sup>7</sup> La propuesta de Halbwachs articula tres tesis. Según la primera, el pasado no se conserva sino que se reconstruye a partir del presente. La segunda establece que la memoria individual existe en tanto que participa de una memoria social preexistente, es decir, la memoria del grupo es condición del recuerdo de los individuos. Y, por último, el pasado sirve para justificar las representaciones del presente. De tal manera que la memoria colectiva es la condición de las memorias individuales, aunque sin tener otra realidad que la que le confieren las memorias individuales.<sup>8</sup>

Esta sociología de la memoria cuyo surco trazó Halbwachs, seguido por Marc Bloch, que criticó *Les cadres sociaux de la mémoire* en 1925, fue parcialmente alterada por la empresa dirigida por Pierre Nora sobre los lugares de memoria. Marie-Claire Lavabre hace constar que «la memoria cuya realidad diversa había sido subrayada por Halbwachs no tardó en reducirse con cierto abuso a los usos sociales y políticos de la historia y se focalizó específicamente sobre la producción de memorias colectivas en los llama-

<sup>5</sup> Pierre Nora (dir.): *Les lieux de mémoire*, I, *La République*, Gallimard, 1984, p. XXV.

<sup>6</sup> Maurice Halbwachs: *Les cadres sociaux de la mémoire*, París, PUF, 1968; Annette Becker: *Maurice Halbwachs*, París, Agnès Viénot éditions, 2003; Maurice Halbwachs: *La mémoire collective*, París, Albin Michel, 1997.

<sup>7</sup> Paul Allières: «Les usages politiques de l'histoire en France. La république face au régime de Vichy et à la guerre d'Algérie», Colloque «Histoire et mémoire», Université du Costa Rica, CCCAC, San José, septiembre 2003.

<sup>8</sup> Marie-Claire Lavabre: «Sociología de la memoria y acontecimientos traumáticos» en VV. AA.: *La memoria de la guerra civil y del franquismo en la España democrática*, Actas del coloquio organizado en la Casa de Velázquez, marzo 2002, pp. 14-25. Marie-Claire Lavabre: «Entre histoire et mémoire, à la recherche d'une méthode», en Jean-Clément Martin (dir.): *La guerre civile entre histoire et mémoire*, Ouest éditions, 1995.

dos lugares de memoria». <sup>9</sup> Sencillamente, ¿qué es un lugar de memoria? Es el lugar donde se fomenta la memoria, un taller donde se elabora una determinada visión del pasado.

El éxito de la expresión dio pie a muchas confusiones: sólo quiero recordar que Pierre Nora considera que los historiadores no deberíamos revelar una memoria que es preexistente a su revelación, en otras palabras, que no hay nada que recuperar del pasado porque el pasado está muerto. El pasado no se encuentra escondido en ningún lugar, es decir, no es un peso del presente sobre el pasado. Por ser definitivamente pasado, éste no resucitará por sí mismo, excepto si se organizan talleres para recrearlo de nuevo, que son, precisamente, los lugares de memoria. <sup>10</sup> Dicho de otra manera, según esta concepción, el pasado no se puede separar del lugar donde se fomenta. La memoria es un fenómeno de recreación que, por definición, está artificial, cultural y socialmente determinado. La memoria está muy ligada al contexto político, social y económico en el que se desarrolla. Este proceso es el que pueden estudiar los historiadores recreando la historia de las diferentes inversiones que los presentes han hecho de sus pasados.

Más que la memoria o el contenido de los recuerdos sociales, el proceso de rememoración está, sin duda, en el corazón del concepto: aquí, el historiador parte de la separación, por no decir de la oposición entre memoria e historia. El hecho de que exista una oposición hace que, precisamente, la historia pueda escoger la memoria como objeto de investigación. Sobre este ángulo, Nora abandona la predilección de Halbwachs por las condiciones sociales de la producción de los recuerdos o la influencia de lo social sobre los recuerdos individuales. En la obra de Nora se fundamenta una cierta denuncia de una memoria esencialmente mentirosa y embustera.

La distinción tajante entre historia y memoria tiene entre otras dos consecuencias importantes. Por un lado, Nora impedía que los historiadores participaran en el fomento de la memoria. En ningún caso, para Nora, los historiadores podían servir a los promotores de la memoria, ni siquiera a la de un grupo discriminado o víctima de una injusticia. Aquí empiezan los malentendidos entre historiadores y promotores de memoria porque estos últimos pretenden que la historia esté al servicio de sus proyectos.

Por otra parte, en el planteamiento de Nora, la incorporación del objeto memoria no significa introducir un objeto más en la historiografía tradicional, sino renovar la manera de hacer historia privilegiando una mi-

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 17.

<sup>10</sup> Marie-Claire Lavabre: «Usages du passé, usages de la mémoire», *Revue française de sciences politiques*, vol. 44, n.º 3, junio 1994, pp. 480-493.

rada retrospectiva hacia el pasado. Es decir, considerar la marcha del tiempo «al revés». Según él, este cambio representa una ruptura epistemológica, porque el historiador tiene que tener en cuenta las lecturas que se han hecho del pasado. Es una historia reflexiva, en segundo grado, que debe integrar los modos de representación del pasado y sus variaciones según las sociedades y las épocas. Por ejemplo, ¿hasta qué punto un acontecimiento ha sido constituido como tal por los efectos de la memoria? Al final, el lugar de la memoria, en principio un taller material como un monumento, una bandera, un himno, etc., evoluciona para ser finalmente una operación intelectual de «lugar-de-memorización». Por memoria, Nora designa «todas las formas de la presencia del pasado que no reconstruyen la historia crítica, formas que no excluyen el recuerdo pero no lo presuponen».<sup>11</sup>

Es posible distinguir entonces tres dimensiones de la memoria, tal como Marie-Claire Lavabre lo hizo en estimulantes trabajos.<sup>12</sup> *La memoria histórica* es donde dominan los usos del pasado tales como los seleccionaron los grupos sociales, los Estados, los partidos políticos, las iglesias, etc. Esta selección no debe nada a la «verdad histórica» o al conocimiento de los historiadores. Responde básicamente a una necesidad de legitimación política: ésta es la dimensión privilegiada por Nora al estudiar cómo la III República forjó y perennizó políticas de memoria que todavía marcan la identidad nacional. La memoria histórica no es lo vivido ni lo recordado, sino la instrumentalización del pasado a partir de los conflictos e intereses del presente. La segunda dimensión es la *memoria colectiva* que se caracteriza por lo vivido y recordado: una memoria de grupo constituida a partir del conjunto heterogéneo de las memorias individuales sin llegar a representar la suma de ellas. El trabajo de homogeneización de las representaciones individuales del pasado es proporcional a la capacidad integradora del grupo considerado. Está a merced de las instrumentalizaciones políticas. Finalmente, la *memoria común* se limita a los recuerdos cuando éstos han sido vividos y compartidos en lo contemporáneo: es puro peso del pasado en el momento, la huella del pasado que construyen las generaciones. En este sentido, la memoria común es materia prima de la memoria colectiva que reduce su extraordinaria diversidad a representaciones homogéneas. Estos tres niveles de memoria no necesariamente tienen que coincidir. En algunos casos, la memoria histórica fomentada puede expresar la memoria colectiva, pero

<sup>11</sup> Pierre Nora: *op. cit.*, p.

<sup>12</sup> Marie-Claire Lavabre: «La mémoire collective: définitions», en G. Lavau y P. Perrienneau (dir.): *Histoire, mémoire et politique: le cas du Parti communiste français* (tesis de doctorado de Estado en ciencias políticas), IEP de París, 1992.

no siempre. De manera similar, no porque haya memoria común se debe deducir que haya memoria colectiva duradera y unida.

## UN CASO CONCRETO: LA BARCELONA DEL SIGLO PASADO

Equipado con estos conceptos, es evidente que la memoria permite entender cómo se fomentan las identidades colectivas: la memoria garantiza la cimentación de los grupos en torno a valores y recuerdos comunes. Son elementos muy importantes de cohesión social.

Así pues, me lancé al estudio del papel de la memoria en la formación de las identidades nacionales en Cataluña desde el siglo XIX hasta hoy. Aquí la memoria produjo un sentimiento de pertenencia a la comunidad nacional y los nacionalismos hicieron un uso sistemático del pasado para «*fer país*» («hacer país») y fomentar la diferencia con los demás españoles. Con el trabajo de memoria, el pasado de Cataluña se convirtió en un «hecho diferencial» (así lo llaman los catalanistas) que pretendía delimitar el ámbito de la comunidad imaginaria nacional, es decir, la frontera entre «ellos» y «nosotros». Pero, atención, no por tener un pasado singular los catalanes podían sentirse diferentes a los demás españoles, y tampoco por hablar catalán. Pensemos en el caso, por ejemplo, de los catalanes franceses. Para tal resultado, fue necesario realizar un trabajo de reconocimiento y delimitación que convirtiera el pasado de Cataluña en un pasado considerado diferenciador.

A esta conversión del pasado de Cataluña en memoria susceptible de servir a proyectos nacionales la he llamado «política de memoria». Naturalmente, me centré en los objetos de la investigación: monumentos conmemorativos, placas de recuerdo, nombres de calles y todo lo que pudiera construir una supuesta memoria colectiva en la ciudad de Barcelona.

Mi perspectiva tiene, sin embargo, unas especificidades que creo que la diferencian de la obra de Pierre Nora. Son tres.

Primero, la elección de una ciudad a lo largo de 120 años significa privilegiar no la historia de un monumento particular, sino la de todos al mismo tiempo. Lo que se gana es evaluar un tejido de memoria constituido por monumentos que se corresponden entre sí: complementariedad de cultos, competencias entre monumentos diferentes, oposiciones entre memorias antagónicas y también motivos repetidos en el tejido urbano. Valorar la coherencia de este tejido de la memoria fue una tarea prioritaria, porque me permitió entender por qué unas memorias prevalecían o permanecían a pesar de las dictaduras, que pretendían borrar parte del aparato monumental. Quise evitar hacer un inventario de lugares con la finalidad de primar los



vínculos invisibles que otorgaban sentido, como si los lugares de memoria fueran palabras de una frase cuyo sentido se manifestaba precisamente en su articulación. Por ejemplo, he podido demostrar la gran coherencia del programa nacionalizador catalanista de principios del siglo xx, que no sólo arropa varios monumentos importantes de la ciudad (Monumento al Doctor Robert, Monumento a Verdaguer, principalmente), sino que los hace dialogar entre sí gracias a procesiones cívicas.

Posteriormente, el abarcar este vasto período cronológico me permitió descubrir fenómenos invisibles a primera vista: un monumento puede servir para muchas lecturas del pasado o no servir para nada. Funciona como una concha en la orilla del mar, a veces habitada por un ser vivo, a veces no. Hubo casos muy sorprendentes de reutilización de un monumento, nuevos usos que contradecían totalmente el uso precedente. Por ejemplo, después de 35 años de debate y habiendo sido proyectado una estatua de Pi y Margall, el monumento a la República fue erigido el 14 de abril de 1936 en el cruce de la Diagonal y del Paseo de Gracia, lugar muy relevante de la ciudad. Revistiendo la versión moderna, la del concurso artístico de 1934, éste consistía en un obelisco rematado por una figura femenina desnuda que representaba el régimen. En 1939, éste se convirtió en monumento a la Victoria sin que las nuevas autoridades cambiaran casi nada: desmontada la estatua de remate, se puso otra delante del obelisco que había sido segunda en el concurso de 1934 (por Frederic Marés); así que una figura hecha para la República representó la victoria del golpe de Estado que la había derrocado... Difícilmente se pueden imaginar dos sentidos más antagónicos para una sola forma.<sup>13</sup>

También, por otro lado, el hecho de dejar un monumento sin conmemoración alguna tiene un sentido, el de estar fomentando el olvido. Son numerosos los casos de silencio impuesto a monumentos que unos años antes desencadenaron pasiones violentas, hasta crímenes y luchas callejeras. Por ejemplo, el monumento a la Victoria al que nos referíamos fue objeto de polémicas en 1979, al caer el franquismo. Unos pedían la vuelta de la antigua figura republicana mientras otros pedían su mantenimiento. El ayuntamiento democrático borró los signos del franquismo (leyenda, escudo, flechas y yugo, etc.) para silenciar el obelisco sin recordar su primera vocación. A la plaza que acoge el monumento, se le puso el nombre de Juan Carlos I. El caso evidencia la imposición pactada del silencio a costa de los recuerdos

<sup>13</sup> Stéphane Michonneau: «Le monument à la Victoire: un cas exemplaire de la politique de mémoire franquiste à Barcelone», *Bulletin d'histoire contemporaine de l'Espagne*, Imaginaires et symboliques dans l'Espagne franquiste, n.º 24, diciembre 1996, pp. 189-203.

republicanos y franquistas para potenciar la reconciliación de los españoles durante la transición democrática.

Todo esto quiere decir que memoria y olvido son inseparables porque no se puede recordar todo. Se tiene que seleccionar y, por consiguiente, olvidar cosas que quedan en la sombra. La memoria siempre implica una política del olvido que se esconde detrás, como dos caras de la misma moneda.

En tercer lugar voy a referirme a la especificidad más importante. En la obra de Nora se estudian muy bien las relaciones entre política y memoria: el porqué de la promoción de tal o cual monumento, de tal o cual recuerdo, de tal o cual momento y de tal o cual héroe... Sin embargo, la memoria no es sólo un discurso sobre el pasado: de manera consustancial, es una práctica social sobre la forma de celebrar ceremonias, homenajes, actos concretos que se inscriben en una sociedad particular, que puede responder favorablemente o no a las iniciativas.<sup>14</sup> En otras palabras, las políticas de memoria son, por una parte, productos de la autoridad de unos cuantos intelectuales, verdaderos promotores de la memoria que se encargan de su promoción. Por otra, las conmemoraciones son actos políticos que movilizan, como los mítines, las procesiones, las manifestaciones o los votos, y que hacen posible la incorporación de la idea de nación en el cuerpo social y espacial de la ciudad. Las conmemoraciones forman parte de la historia de la movilización política y tienen mucho que ver con la afirmación o la emancipación de ciertos grupos sociales que pretenden hacer política: la memoria forma parte de las herramientas de democratización de la política. Lo que me importaba aquí era el arraigo de la historia de la memoria en la historia social.<sup>15</sup>

Por eso fue prioritario determinar quiénes eran los promotores de la memoria, los que tomaban la iniciativa para homenajear una batalla, un personaje histórico, etc. ¿Quiénes son? ¿Cuáles son sus intereses? ¿Dónde se sitúan sociológicamente? ¿Por qué se atribuyen el poder de escoger cuáles son los recuerdos de la colectividad? ¿Cómo es que se les atribuye este poder tan extraño? ¿Para qué puede servir este tipo de poder? Luego, fue importante determinar quién es el público: ¿Quién participa y por qué? ¿Cómo participa: peticiones, suscripciones? ¿Quiénes conmemoran: hombres, mujeres? ¿De qué ciudad? ¿De qué edad? ¿De qué profesión?, etc.

Aquí aparece todo un mundo, una parte de la sociedad barcelonesa que se está movilizandando por los asuntos de la memoria. Pueden ser numerosos,

<sup>14</sup> Jean Davallon, Philippe Dujardin y Gérard Sabatier: *Politique de la mémoire*, Lyon, PUL, 1993.

<sup>15</sup> Gérard Namer: *Mémoire et société*, París, Méridiens Klincksieck, 1987.

hasta 15.000 o 17.000 personas a principios de siglo xx para los cultos a Robert o a Pi y Margall. A esa parte, la llamo «sociedad conmemorativa». Es el núcleo del todo, porque pretende convertir a toda la sociedad en sus recuerdos «privados», pretende convertir sus recuerdos propios en recuerdos supuestamente colectivos.

El enfoque de una historia social de la memoria me condujo a tres perspectivas de investigación: en primer lugar, pude determinar dos modelos de organización social de la sociedad conmemorativa, distintos pero complementarios. El primero, hacia finales del siglo xix, se caracteriza por la representación de las elites que, por otro lado, eran las que participaban en exclusividad. La conmemoración en este caso es un acto de representación para elites poco numerosas, una representación hacia sí y hacia un público considerado espectador pasivo. El segundo modelo, perceptible a principios del siglo xx, era más bien participativo: las suscripciones y las peticiones eran multitudinarias; las ceremonias se convertían en actos públicos de masas, lo que supuso elaborar técnicas de publicidad y de movilización nuevas. La dimensión representativa de la conmemoración no desapareció de la noche a la mañana, pero ya no era la lógica predominante. En el modelo participativo, el motor de las ceremonias fueron las asociaciones, que se organizaban de acuerdo con una estructura estable tipo «cebolla».

Después, la multiplicidad de los actores promotores obliga a reconocer que tras un discurso de consenso, la memoria es, por esencia, una lucha política. Son muy numerosos los grupos de todo tipo que pretenden imponer sus recuerdos: partidos políticos, periódicos, asociaciones culturales, deportivas, de mujeres, de jubilados, instituciones religiosas, etc. Miles de iniciativas surgieron de toda la sociedad: memorias dispersas y, muy a menudo, contradictorias entre sí. Este hecho impide separar de manera artificial la «sociedad civil» del Estado. Al contrario de lo que pretendían los historiadores nacionalistas, y en los límites cronológicos de mi investigación (1860-1930), no existió ninguna oposición entre un Estado supuestamente manipulador de memorias y una sociedad civil pasiva y unida en sus sentimientos colectivos. Hay que combatir una visión extremadamente instrumentalizadora de la memoria que hace de ella el producto de una voluntad del Estado frente a una sociedad solamente receptora. Sin ir más lejos en el debate sobre la débil nacionalización de España, tengo dudas sobre la intervención autoritaria del Estado en este campo y en la época considerada.

En la lucha cotidiana, los grupos van definiendo un pasado común sin que esto responda a un programa preconcebido. La expresión *política de la memoria* hace referencia a los conflictos permanentes y no, como se ha entendido a veces, a programas de memoria explícitos que serían asumidos

por grupos determinados. Lo que importa es la delimitación de un pasado por el conflicto político, una lucha violenta para definir cuál es el pasado legítimo.<sup>16</sup>

Aunque la pretensión de imponer un monopolio en la interpretación del pasado sea compartida ampliamente por diferentes sectores, el éxito no está garantizado: los grupos tienen que adoptar estrategias, publicidad para ganar peso y atraer al máximo de gente. He estudiado con mucho detalle estas técnicas de movilización de masas: llamamientos, campañas de prensa, peticiones, suscripciones, etc.

Para alcanzar el reconocimiento público, es necesario un sello legitimador de sus pretensiones que en el contexto de Barcelona es el del Ayuntamiento. Por esa razón, los archivos municipales concentran todas las peticiones, los expedientes y los dictámenes donde se toman todas las decisiones que hacen referencia a la ocupación del espacio urbano. El pleno municipal y sus comisiones son verdaderos parlamentos de la memoria, en competencia a veces con otras instituciones tales como la Diputación, la Generalitat o el Estado, pero éstos siempre en lugar secundario. Gracias al municipio, la memoria privada se ha convertido en memoria supuestamente colectiva para el uso de toda la comunidad. Obviamente, no existe la memoria colectiva sino como metáfora, porque siempre se puede encontrar a un individuo que no se reconozca en los monumentos y los nombres de calles de su ciudad. La memoria colectiva es una pretensión inalcanzable, y nada más. La memoria es la palabra de la autoridad sobre una comunidad, es decir, una palabra política que pretende hablar *en nombre de* la comunidad.

Hay que tener cuidado sobre la naturaleza especial de este tipo de palabra: en efecto, la memoria es performativa en la medida que puede perfectamente persuadir a la gran mayoría de la población, ahora convencida de que Cataluña es o no es una nación. Cuando miles de personas actúan, viven o votan según esa creencia de «congelamiento cognitivo», se puede hablar entonces de memoria colectiva.

Aunque la determinación de los promotores de la memoria fue una de mis tareas prioritarias, no fue suficiente para la descripción completa de la sociedad de memoria tal como yo la entendía. Si la memoria es performatividad, ¿cuáles son las condiciones sociales e históricas que hacen posible la eficacia social de esta «palabra en acta»? Ahora no consideraremos los conflictos de memoria, sino más bien el campo de batalla, el terreno donde se comparten inconscientemente maneras específicas de relacionarse con el pasado. Quedaban por resolver varios problemas, tres en concreto.

<sup>16</sup> Pierre Bourdieu: *Le sens pratique*, París, Ed. de Minuit, 1980.

Planteemos primero la cuestión del «por qué», o sea, del valor social de la conmemoración en la época que Maurice Agulhon calificó de «estatuomaníaca». <sup>17</sup> ¿Por qué un gesto tan singular? La hipótesis que formulé fue la siguiente: en cuanto a discurso, los promotores presentaban la memoria como si fuera una deuda contraída con los antepasados de la que había que liberarse lo más pronto posible. ¿Para qué servía el discurso de la deuda? Básicamente para obligar a la sociedad a reconocer un deber. Aceptar someterse al ejercicio saludable de la memoria era una promesa de ganancia de bienes simbólicos positivos tales como el honor, la fama, el prestigio social. Al contrario, negar la deuda era asumir necesariamente el papel de malo. Por eso, la deuda era el motor de la dinámica de las sociedades nacionalistas que pliegan el conjunto del cuerpo social a su razón. Dicho de otra manera, la memoria actúa como un instrumento de dominación simbólica de la sociedad. Es un taller que fabrica bienes simbólicos positivos que permiten jerarquizar la sociedad y que son de un provecho importante para los promotores que se instauran entonces en representantes legítimos de la comunidad.

En segundo lugar, la cuestión del «cómo» se recurre a la antropología para entender la naturaleza del rito conmemorativo. La conmemoración es la gestión de la emoción por medio de gestos colectivos impresionantes (aplausos, gritos, cantos, desfiles, colores, banderas, etc.). El secreto de las conmemoraciones es una experiencia viva y concreta de la sociedad nacional. La memoria es una representación del pasado en el sentido espectacular de la palabra: de ahí, la necesidad del estudio de los gestos de conmoción y nuevos métodos de movilización de masas introducidas a principios del siglo xx.

Finalmente, la memoria es un gesto de orden que permite regular y jerarquizar la sociedad. Es un rito que convierte al promotor en sacerdote de un orden social sacralizado. Se sabe que no hay nada más repetitivo que la conmemoración: los mismos gestos en las mismas fechas con discursos muy parecidos. La memoria social es una rutina aburrida y gran enemiga de la sorpresa: establece un tiempo socialmente regulado, una pulsación social del tiempo. Los gestos son extremadamente limitados (hay 11) y las combinaciones son dos. Las procesiones, espejos de un orden social soñado, son estables en su estructura y sus recorridos.

El ejercicio de la memoria pide orden y disciplina social: de alguna manera, se opone a la manifestación callejera. Para un grupo político determinado es muy importante el dominio de esta forma particular de presencia

<sup>17</sup> Maurice Agulhon: *Marianne au combat*, París, Flammarion, 1979.

ordenada en la calle porque da crédito. Es probable que los republicanos de Barcelona siguieran con una cultura insurreccionalista que les impedía controlar a su gente. Aunque el mundo obrero estuviese obsesionado por el recuerdo, lo expresaba por medios absolutamente diferentes, raramente fuera del espacio cerrado de los círculos de sociedad obrera. ¿Sería entonces la conmemoración una prueba del proceso de interiorización de la violencia? (Norbert Elias).

Lo cierto es que la memoria crea el tiempo social. ¿Por qué sólo se conmemora en primavera u otoño? ¿Por qué más en primavera en el siglo XIX y más en otoño en el siglo XX? Todo sucedía de una manera tal como si la sociedad barcelonesa resolviera periódicamente mediante la conmemoración el peligro de subversión social que la amenazaba o percibía amenazarla.

Para acabar, la cuestión del «dónde» permite estudiar cómo se impuso la memoria en el espacio de la ciudad y cómo se proyectó a otras áreas (provincia, imperio, mundo, etc.). La tarea fue lógicamente un intento de cartografía de la memoria. Aquí se estudiaron los mecanismos de apropiación del espacio público por la memoria a partir de los dos laboratorios urbanísticos que son los cementerios y los parques, los procesos de homogeneización del espacio urbano en sus referencias simbólicas (por ejemplo, la homogeneización del nomenclátor, la proyección del aparato monumental en el Ensanche, el estudio de los itinerarios de las procesiones cívicas) y, finalmente, la proyección de esta memoria en espacios ajenos. Al estudiar la geografía de los donativos o de los viajes de delegados, se puede observar la convergencia del horizonte de las memorias en Cataluña operado por los catalanistas a principios de siglo XX.

Se diseñó una ciudad de la memoria de donde discurrían las conmemoraciones y las procesiones: un itinerario que va de parte del centro histórico (ahora denominado Barri Gòtic) hacia la montaña (Parc Güell) siguiendo el eje vertebrador del Paseo de Gracia. El negativo de estos espacios, en el sentido fotográfico de la palabra, son zonas no recorridas que diseñan la ciudad del olvido, como los barrios obreros o el barrio chino. La ciudad de la memoria es un decorado donde se concentran monumentos y fachadas modernistas (que, de hecho, son mayoritariamente fachadas), es decir, un espacio de representación de teatralidad de las elites. De ahí la estructura binaria que opone memoria y olvido, actores de la memoria y no actores, espacios públicos y espacios privados de la memoria. Este sistema de representación mental es el que estructura la ciudad, todavía hoy.

En definitiva, se entiende que la memoria tiene mucho que ver con la definición de las elites: les permite imponerse al cuerpo social gracias a una dominación aceptada y evidente. En otras palabras, la memoria construye la

representatividad de las elites, una representación no surgida de un proceso de delegación democrático, sino de un proceso de puesta en escena de su poder.

Queda por entender por qué las elites barcelonesas emplearon tantos esfuerzos para dominar con instrumentos simbólicos la sociedad local. Podemos encontrar elementos de respuesta en los trabajos de J. M. Fradera:<sup>18</sup> tal vez estas elites, preocupadas por la violencia social resultante de un proceso industrializador sin precedentes en España, buscaron los medios adecuados para cimentar y estabilizar la «Rosa de Fuego». No podían limitarse a las soluciones represivas que el Estado les proponía: ¿Sería la memoria una respuesta original para cimentar una sociedad dividida? ¿Sería un intento de realizar en el campo simbólico lo que difícilmente se podía imponer en el campo social y político?

## EL HISTORIADOR FRENTE A LA MEMORIA

El intento de objetivación de la memoria es un ejercicio intelectual salvable y necesario. Pero, con la distancia de unos años, hay que poner en tela de juicio estos planteamientos, pues no parecen resolverlo todo. Pretendí reducir la memoria a objeto de estudio y demostré la riqueza de tal enfoque. ¿Y ahora? Sabemos que toda historia, todo saber del pasado, es susceptible de alimentar la memoria y viceversa; la memoria absorbe el conocimiento del pasado, incluso de aquél más atento a sus efectos desoladores. Si en principio, historia y memoria se oponen, la frontera que las separa es fluctuante, mal establecida.<sup>19</sup>

Para el historiador resulta imposible escapar a la memoria, más aún cuando se trata de hacer historia de acontecimientos traumáticos como guerras, conflictos civiles, catástrofes naturales, genocidios, etc.

Sigo convencido del peligro que representa para el historiador la tentación de participar directamente en la memoria. Tengo presente en la mente lo que les pasó a los historiadores franceses que fueron convocados a los tribunales en los años ochenta, pero no sólo como expertos que pudieran aclarar el contexto de Vichy ante un jurado que no había conocido los hechos, sino como testigos.<sup>20</sup> La defensa y la acusación convocaron a historiadores

<sup>18</sup> Josep Maria Fradera: *Cultura nacional en una societat dividida*, Barcelona, Curial, 1992.

<sup>19</sup> Jean-Clément Martin: «Histoire, mémoire et oubli. Pour un autre régime d'historicité», *Revue d'Histoire moderne et contemporaine*, 47-4, oct-nov 2000, pp. 783-804.

<sup>20</sup> Henry Rousso: «Juger le passé? Justice et histoire en France», *Vichy, L'événement, la mémoire, l'histoire*, París, Gallimard, Folio histoire, 1992, pp. 678-710; François Bédarida:

al tribunal en medio de la presión de una opinión pública, especialmente la judía francesa, que pedía cuentas y justicia. A tal punto que esos regresos al pasado le impedirían a ese pasado pasar, según la expresión bien famosa de Henry Rousso. La demanda social fue tan virulenta que condujo, en nombre de la reparación, a un callejón sin salida sobre la depuración de posguerra, sobre la Resistencia cuyas figuras emblemáticas fueron puestas en tela de juicio debido a sus lazos con el comunismo. Los debates científicos sirvieron entonces para descalificar las acusaciones mutuas, y los historiadores, con sus propios debates, fueron totalmente manipulados por los abogados y los medios de comunicación que buscaban una *scoop*. Abogados y prensa acabaron por considerar que la verdad histórica era muy relativa según el historiador. Esa tendencia relativista pudo conducir a negar la existencia de hechos reales: al fin y al cabo, ¿quién sabe si hubo genocidio? El partido de extrema derecha aprovechó para difundir la idea de que los historiadores no estaban de acuerdo con la existencia de la cámara de gas, apoyándose en la tesis negadora que había surgido de la extrema izquierda a finales de los años setenta y que, en parte gracias a los tribunales, había tenido gran eco en 1979.<sup>21</sup>

Así pues, como lo demostraron Henry Rousso o Paul Allières, el proceso de «judicialización» de la historia fue altamente peligroso: provocó por parte de unos cuantos un rechazo rotundo a arriesgarse a ser instrumentos, lo que no tardó en ser interpretado por un sector de la opinión de extrema derecha como prueba de un complot de silencio por parte de intelectuales orgánicos. De hecho, la irrupción de la justicia en la memoria subrayó claramente la imposibilidad de que la sociedad francesa asumiese su propia historia y actualizase sus valores. Al final, la sociedad enfermó de *no poder olvidar*.

Embarcados en el proceso global de penalización de la responsabilidad política que conducía a grandes juicios en nombre de crímenes contra la Humanidad, el recurso al juez, si bien constituía una salida posible a las políticas del olvido que habían precedido, implicó de manera importante a los historiadores, poniendo énfasis en una supuesta capacidad de entregar como tal la verdad y enseñar las responsabilidades, actitudes muy alejadas de la práctica del historiador.<sup>22</sup>

«Les responsabilités de l'historien "expert"», *Passés recomposés*, Paris, Autrement, enero 1995, n.º 150-151, pp. 136-144.

<sup>21</sup> Valérie Igounet: *Histoire du négationnisme en France*, Paris, Seuil, 2000.

<sup>22</sup> Paul Allières: *op. cit.*



La prueba que los historiadores elaboran no tiene el mismo estatus que la prueba judicial. Mientras la justicia y la prensa piden pruebas para acusar, los historiadores buscan pruebas para explicar, sin juzgar necesariamente los hechos.

La judicialización de la historia implicó por último una disolución del monopolio de interpretación del pasado mantenido con esfuerzo por los historiadores. Hubo que defender métodos profesionales elaborados a lo largo de los siglos XIX y XX que son el fundamento de la identidad intelectual de la disciplina. Se sabe que en Francia la prensa publicó trozos de documentos de la época, fotografías para montar escándalos artificiales: se cometieron muchísimos errores de método —e incluso injusticias a personalidades todavía vivas— cuando los periodistas pretendieron convertirse en profesionales. Los anacronismos se multiplicaron, proyectando lo que nosotros en el presente sabíamos de la guerra sobre actores de entonces que lo ignoraban. En ese mercado ampliado de la historia, extramuros del campo académico, los historiadores perdieron claramente la batalla. No siempre se puede escapar a la memoria.

¿Por qué? Porque, por una parte, historia y memoria son dos narraciones del pasado muy próximas, pero no se confunden. La historia es una narración del pasado que tiene como horizonte la *verdad*, mientras que la memoria es una narración del pasado que apunta hacia la *fidelidad* (a los antepasados).<sup>23</sup> La pretensión de los historiadores de tener la última palabra sobre el pasado o de salvaguardar un monopolio que legitima en parte su existencia y su utilidad social es una pretensión poco razonable. Hay que aprender a convivir con la memoria. Por otra parte, la memoria es un llanto triste, lleno de nostalgia porque va ganando olvido. Es un llamamiento hecho en el presente, del que los historiadores no pueden huir. Paul Ricoeur nos recuerda que el deber de memoria también es deber de justicia.<sup>24</sup> El historiador, como persona moral, no puede escapar a la memoria cuando el testimonio es el de una víctima.

El divorcio planteado por Nora entre memoria e historia resulta aquí claramente expuesto: por un lado, una historia que considera la memoria como sospechosa y que intenta reducirla a ser un simple objeto de historia, como si la historia pretendiera absorber a la memoria. Por otro lado, promotores de memoria y testimonios de acontecimientos pasados que pretenden que se les crea, que la historia se ponga al servicio de la memoria, como si la me-

<sup>23</sup> Paul Ricoeur: *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, Paris, Seuil, 2000.

<sup>24</sup> Paul Ricoeur: «L'écriture de l'histoire et la représentation du passé», *Annales ESC*, juillet-août 2000, n°4, pp. 731-747.

moria pretendiera absorber a la historia. La pregunta es la siguiente: entre estos dos extremos, ¿existe un camino que no condujera a una contradicción por no decir a una esquizofrenia muy moderna? ¿En qué condiciones podemos pensar en una vinculación entre memoria e historia que no sea antagónica?

Para resolver este dilema, hay que aclarar que historia y memoria son modos de relación con el pasado diferentes, pero complementarios. Para la historia, el pasado es lo que ha sucedido y está definitivamente pasado, muerto. El historiador considera que el tiempo comprendido entre el acontecimiento estudiado y él es un tiempo vacío, suspendido. Para la memoria, el pasado es lo que *ya* no es o lo que *todavía* es. Supone tener en cuenta el tiempo intermedio que trabaja, que ha podido borrar los hechos en el presente, conservarlos o transformarlos de manera radical. Según François Hartog, aquí radica otro régimen de historicidad que él llama «presentista»: es posible que esta otra forma de relación con el pasado implique otra historia, una historia que supere la oposición ahora insostenible entre historia y memoria.

En fin, ¿se puede imaginar que la historia sea una especie de ciencia de la memoria? Ciencia del pasado no sólo por lo que fue, sino también por lo que ya no es, o por lo que todavía es. Hartog afirma que el reto de los historiadores sería «convertir la memoria, no como contenido sino como forma, de manera que sirva para cuestionar y escribir la historia».<sup>25</sup> Se podría inventar una historia-memoria donde la memoria fuera más bien una postura intelectual.

## CONCLUSIONES

Como objeto de la historia la memoria se ha convertido en una cuestión imparable. El gran reto de los historiadores de hoy es encontrar el lugar adecuado que permita conciliar la necesidad de la memoria, es decir, de la transmisión, y la lógica de un discurso científico que elabore conocimientos. Así, el historiador podría encontrar una nueva utilidad social compatible con su utilidad científica: la de la transmisión de la memoria, pero condicionado a requisitos científicos, a métodos comprobados, sin renunciar a las aportaciones de la historia crítica.

En tal caso, la utilidad social del historiador sería ayudar a liberar la memoria dolorosa compartiendo el recuerdo, ayudando al trabajo de luto que es indispensable para los supervivientes. Tal vez, Pierre Nora tenía razón

<sup>25</sup> François Hartog: *Régimes d'historicité*, Paris, Seuil, 2003.

cuando predicaba que la memoria suponía una revolución epistemológica. En contacto con la memoria, es posible que tengamos que inventar otra manera de escribir historia.